

EL PAPEL DE LA EMIGRACIÓN PATRIÓTICA
EN LAS GUERRAS DE INDEPENDENCIA
DE CUBA (1868-1898)

PAUL ESTRADÉ

(Profesor emérito. Universidad de París VIII, Saint-Denis)

Con legitimidad pudiera estudiarse el papel de las emigraciones patrióticas en casi todas las guerras decimonónicas de la independencia hispanoamericana, y no sólo en la última de esas guerras: la guerra cubano-hispano-norteamericana (como en prurididad debiéramos designar la llamada guerra de Cuba de 1895 a 1898). Sin embargo en esta contienda finisecular, tan novedosa por sus características y tan trascendente por su desenlace, la emigración adquirió tanta importancia que merece ser tratada a parte. Esa importancia es notable en la fase preparatoria de la guerra, en el desarrollo de ésta (recursos logísticos) y hasta en su proyección política inmediata. En 1902, al instaurarse la República Cubana, el presidente y el vicepresidente electos proceden respectivamente de la emigración neoyorquina (Tomás Estrada Palma) y parisina (Luis Estévez y Romero), y no de la alta jerarquía del Ejército Libertador, como ocurrió generalmente en otras latitudes en semejantes circunstancias históricas.

1. LA EMIGRACIÓN PATRIÓTICA EN LA CONTIENDA CONTINENTAL (1810-1826)

En el transcurso de las guerras emancipadoras continentales (1810-1826), la emigración patriótica intervino de manera esporádica y nunca sustancial. Cuando intervino de manera algo más duradera y profunda, presente en todas las etapas del proceso, fue siempre en grado menor que en Cuba y nunca con un carácter tan colectivo y genuino como en Cuba en 1895. El caso más significativo sería la emigración, de pocas personas en verdad, que halló refugio en Inglaterra a fines del siglo XVIII y principios del XIX. De procedencia geográfica diversa –aunque socialmente muy homogénea– esa emigración hispanoamericana, elitista, clandestina y masónica, se reunió bajo el liderazgo del «Precursor» Francisco de Miranda en la Logia Americana de Londres, y allí se formó y se armó. De ella salieron Bolívar, O'Higgins, Carrera, Alvear, Rocafuerte, y no pocas figu-

ras de la dirigencia suprema de las futuras repúblicas. Allí se empaparon del modelo británico. Allí se establecieron los contactos que iban a permitir a Inglaterra que ejerciera la principal influencia extranjera, militar, financiera y económica, en el nuevo orden impuesto en América a raíz de la derrota española.

Pero conviene repetir que en general el papel de aquella emigración fue casual y periférico, sencillamente porque no hubo emigración masiva o prolongada, previa al brote de la insurrección. Sólo la hubo dentro del vaivén de los ejércitos en campaña, en período de reflujo de los insurgentes. Los casos más conocidos serán la emigración chilena a la vecina Argentina (entonces Provincias Unidas del Río de la Plata), de 1814 a 1816, que volvió con las tropas de José de San Martín a ganarse la patria contra los realistas españoles; y la emigración uruguaya a esa misma tierra libre colindante, de 1820 a 1825, que volvió con los «treinta-y-tres» de Lavalleja a ganarse la patria contra los imperialistas brasileños. Ahora sería lógico discutir si tales retiradas estratégicas entran en la categoría de las «emigraciones» y si alrededor de 1820, cuando aún era uno el imperio español y una la patria continental americana, pasar de una provincia a otra era «emigrar»...

2. LAS EMIGRACIONES CUBANAS A LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA (1831-1896)

Cuando en Cuba, aún española, después de las conspiraciones abortadas de 1809, 1812, 1823, 1829, 1836, 1848, se intentó derrumbar al poder colonial por otro procedimiento, la solución que se impuso fue la de armar una expedición libertadora desde fuera. Una expedición «filibustera», empezó a decirse en España. Desde el sur de los EE.UU. se urdieron tres planes sucesivos de desembarque, bajo el mando del intrépido general cubano-venezolano Narciso López. Preparados en el cercano destierro entre cubanos recién emigrados, fueron llevados a cabo por expedicionarios que, en su mayoría, no eran cubanos, y fracasaron casi en el acto. El propósito de López, de sus agentes y mandatarios, era además bastante ambiguo. Tendía con más certeza a la anexión a los EE.UU. que a la independencia absoluta, y defendía la esclavitud. La clase económica dominante de los plantadores de caña de azúcar se agarraba a la esclavitud pero no aspiraba a la independencia, peligrosa; el pueblo de Cuba no estaba listo para tamaña empresa. La actuación de la emigración «patriótica» fue por entonces infecunda.

En los años 50 del pasado siglo esa emigración criolla en los EE.UU. era muy reducida. Y era doble en realidad. Existía una emigración política

de algunos elementos ricos que o bien eran perseguidos en la Isla por «laborantes» (como se diría más tarde), o bien habían determinado vivir en un país admirado. Más anexionistas que independentistas, más reformistas que revolucionarios, y frecuentemente esclavistas, apoyaron las tentativas infructuosas de Narciso López y de sus continuadores (hasta la de Pintó, en 1855), crearon la primera organización cubana en el exterior, lanzaron en la Nueva Orléans el primer periódico anti-español (*La Verdad*). Agrupáronse en esta última ciudad sureña, en Filadelfia y en Nueva York. Destacaron entre ellos Gaspar Betancourt, Cirilo Villaverde (el autor de *Cecilia Valdés*), Domingo Goicuría. Y existía también otra emigración, tampoco numerosa, de índole económica, compuesta de gente pionera en busca de trabajo o de tierra. Así es cómo en 1831 los primeros cubanos se instalaron en el islote vacío de Cayo Hueso (llamado Key West por los dueños norteamericanos), al oeste de la Florida, en un punto equidistante de esta península y de La Habana. Cincuenta torcedores pusieron en ese cayo una fábrica de habanos; posteriormente, otros cubanos vinieron a dedicarse a la pesca y otros a la agricultura.

Esta diferencia entre ambos grupos fue atenuándose después de 1865, cuando por un lado decreció la ilusión anexionista (al concluirse la guerra civil en los EE.UU. y desaparecer definitivamente la esclavitud negra), y por otro lado se constituyó en Nueva York la Junta Central Republicana de Cuba y Puerto Rico con fines netamente independentistas. La guerra de independencia, postergada desde decenios, estalló por fin el 10 de octubre de 1868 en el Oriente cubano. Echó a los EE.UU. numerosos cubanos, temerosos por la vida ante los atropellos de los llamados «voluntarios» o perseguidos por las autoridades coloniales por infidencia. Ese éxodo favoreció el acercamiento y la fusión de los emigrados que, en su gran mayoría, se movilizaron por la causa patriótica.

Como es sabido la guerra iba a durar casi diez años (1868-1878). El pacto del Zanjón (febrero de 1878), lejos de ser el acto de paz que el gobierno español celebraba, fue sencillamente una tregua, ya que en 1879 de nuevo empezaba la «Guerra Chiquita» (1879-1880), breve pero sangrienta, y ya que en 1895 volvía a reanudarse la guerra hasta la intervención final norteamericana de 1898 en Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Fueron como treinta años de guerra, sin continuidad temporal por cierto, pero inscritos en un solo proceso. La emigración recorrió un camino paralelo, pero en su seno se produjo entre la primera y la tercera etapa de la guerra una transformación y una maduración revolucionaria que le confirieron una importancia y una eficiencia sin igual en el pasado.

De 1868 a 1878, el flujo migratorio a los EE.UU. —a Nueva York como a la Florida— tuvo causas ante todo políticas, pero no siempre directas. Es decir que no todos los cubanos que se escaparon lo hicieron por motivos de disconformidad política. Al huir de la Habana algunos fabricantes de tabacos (desde 1869), les acompañaron, por motivos económicos, muchos de sus obreros, tanto cubanos como españoles.

La amnistía concedida en 1878 a los combatientes y laborantes trajo obviamente una desinflación de la emigración. Pero lo sorprendente y significativo fue la modestia del movimiento de regreso al país, considerando los más de los emigrados que aún no tenían patria libre. Ahora el pacto del Zanjón se tradujo también (y los demás pactos posteriores que sellaron la capitulación de los todavía alzados) por la salida de Cuba de cientos (tal vez de miles) de mambises, que tampoco quisieron vivir en la esclavitud política. De suerte que al final de la Guerra Chiquita, es probable que la masa de la emigración en muy poco se había reducido, mientras es cierto que aumentó su potencial combativo, quedándose fuera los más resueltos a preparar «la tercera».

Del 80 al 90 el saldo neto de las salidas y vueltas «definitivas» es tan mal conocido como el que se produjo al final de la guerra de los Diez Años: cabe pensar que el número y cualidad de los emigrados no sufrió evolución sustancial en ese decenio de pocas tentativas de desembarque (destruidas todas al llegar los expedicionarios a la costa cubana) —y de apego a la paz de parte de la mayoría de la población de la isla.

A partir de 1890, como consecuencia de la adopción del *bill* Mac Kinley por los EE.UU., empezó a cambiar la situación económica y a entrar peligrosamente en crisis el sistema colonial. Mediante tarifas arancelarias apropiadas, que gravaban el producto manufacturado en detrimento del producto bruto, los monopolios norteamericanos que impusieron la ley obstaculizaban la industrialización de la Isla, convirtiéndola en fuente de materias primas baratas para las industrias del Norte, trátase del azúcar sin refinar o del tabaco sin elaborar. El resultado esperado no tardó en producirse. Desde octubre 1890, van cerrándose uno tras otro varios talleres de tabaquería, y consecuentemente emigran a los EE.UU. fabricantes de habanos y tabaqueros. Así es cómo, particularmente en la Florida, se constituye una nueva emigración, de naturaleza económica y de composición proletaria.

En 1895, con el comienzo de la guerra, el éxodo se aceleró, y en 1896, con la «invasión» —de este a oeste— de la isla entera por las columnas mambisas conducidas por Maceo —el jefe negro—, y con los bandos drásticos del general Weyler y la reconcentración de la población, culminó el

éxodo de familias cubanas, ahora más por razones políticas que económicas, aunque la paralización de la zafra y del comercio dejó sin empleo a mucha gente que se las arregló entonces para escapar.

3. LOS CENTROS DE LA EMIGRACIÓN

La mayor parte de los emigrados cubanos fue a parar a los EE.UU.. Uno, por la cercanía y por la abundancia de los transportes marítimos. Dos, por las mismas leyes norteamericanas que entonces permitían la libre entrada de los inmigrantes. Tres, por las facilidades económicas y por la imagen democrática que brindaba el país de la libertad a una colonia que sufría restricciones y vejaciones. No todo era desinteresado en ello, nadie lo ignoraba. En la mente de los dirigentes del partido republicano (Blaine) y de los magnates de la banca, la solución a la crisis cubana sólo podía estribar en la anexión a la Unión de la Perla de las Antillas. Conseguir el auxilio de los propios cubanos, por una política inteligente y atractiva, era contribuir a dicha «solución».

Por lo tanto la Florida recogió a la masa cubana más modesta que abandonó la Isla en las diferentes fases señaladas. Allí se instaló, no para olvidar su tierra y rehacer su vida (como los inmigrantes europeos), sino para estar lo más cerca posible de su tierra querida y poder volver a pisarla tan pronto como mejoren las condiciones y esté libre Cuba, la emigración económica y política que no tenía medios ni ganas de irse lejos. Los vapores norteamericanos, frecuentes y baratos, se llevaron a Cayo Hueso y Tampa a esa gente. Como desde allí resultaba más cómodo viajar a La Habana —no había prohibición— que al interior de la península floridana aún bastante inhóspita o que a otros puertos de la Unión, los tabaqueros cubanos de la Florida no estaban desvinculados de sus compañeros de La Habana ni de sus familiares a quienes visitaban de vez en cuando.

La Florida peninsular había dejado de ser posesión española de ultramar en 1819, cedida a los EE.UU. por precio de su neutralidad en las guerras de la emancipación hispanoamericana. Su único interés era estratégico, aunque valiera menos que la bahía de Samaná o la de Santiago. Los caimanes y los mosquitos eran los dueños de hecho de los pantanos y arenales. Miami no se fundó sino en 1896. Había pocos pueblos salvo en la franja del noreste, poca población diseminada (aniquilados los indios seminolas), poca actividad económica, hasta que los cubanos se establecieron en el extremo suroeste e impulsaron su desarrollo al abrigo de atinadas leyes de colonización y de una severa barrera proteccionista.

Cayo Hueso, que no era relacionado con la tierra firme como lo es hoy por una carretera-puente, concentró hasta 1886 la industria tabacalera de origen cubano. En ella todo era cubano: la hoja de Vuelta Abajo que se torcía a mano, la despalladora, el torcedor, el dueño, el capital y la técnica, el producto final vendido como habano (o puro, o tabaco). En las fabricas más grandes, como las de Martínez Ibor o Hidalgo Gato, trabajaban más de 500 tabaqueros; igualaban en magnitud las mayores de La Habana, las de Leopoldo Carvajal, Segundo Álvarez o Prudencio Rabell. Y el islote de Cayo Hueso, tan cubano por sus pobladores, productos, costumbres y aficiones como San Antonio de los Baños o Cacarájicara, se convirtió en el Peñón rebelde, en el «nido de víboras» según España, en el faro de la libertad para los cubanos.

Ahora, que el capitalista y el obrero fuesen y se considerasen cubanos, no impidió que la contradicción de intereses entre sí fuese a veces violenta. Los tabaqueros acudieron con frecuencia a la huelga, en defensa de sus sueldos y derechos, prontos en agruparse en organizaciones gremiales de tipo clasista y prontos en adherirse a las doctrinas socializantes y anarquizantes que les venían de Europa por la vía de España o de los EE.UU..

En 1886, tras un incendio destructor –las casas eran de madera, 614 ardieron– y para tratar de eludir las repetidas huelgas que comprometían sus negocios, dos fabricantes asociados –Eduardo Manrara, camagüeyano, y Vicente Martínez Ibor, valenciano– trasladaron sus talleres de «El Príncipe Gales» de Cayo Hueso a Tampa, un puerto en la costa occidental de la Florida. Otros fabricantes los imitaron, dejando Nueva York o La Habana, para instalarse en Tampa donde el municipio les ofrecía buenas condiciones. Se fundó el barrio cubano de Ibor City. Al cabo de pocos años la ciudad de Tampa tenía tantas fábricas de tabacos y tantos habitantes como Cayo Hueso, aunque tal vez la proporción de cubanos sea inferior. Pero, gracias al dinamismo de la industria tabacalera, los mismos fabricantes enriquecidos fomentaron muchas otras actividades industriales y comerciales: el tranvía, la cervecería, la construcción, los servicios socio-culturales. Ya Cayo Hueso no progresaba más cuando Tampa estaba en pleno auge.

La «Cubanolandia» se amplió a otras zonas de la Florida que los cubanos roturaron o valoraron, como fue en Ocala, por ejemplo, donde en 1894 nació el barrio cubanísimo de Martí City. Allí, como en el Cayo o en Tampa, todo era cubano, del taller al hogar, de la logia al Club, de la Iglesia a la escuela.

Fuera de la Florida, los cubanos emigrados vivían más dispersos, aunque integraban comunidades caracterizadas por su cohesión y su apego a la tierra natal. Los había en la Nueva Orleans, en Filadelfia, en Chicago,

en Atlanta, pero sobre todo en Nueva York y Brooklyn. Hay autores que aseveran que en estas ciudades (aún sin fusionar) vivían en 1895 tantos cubanos como en la Florida. Es dudoso. Lo que sí es cierto es que la emigración neoyorquina tenía allí un fuerte arraigo desde los años 60. Era en general una emigración más política que económica, y no era, por lo tanto, tan proletaria como la floridana, aunque existían varios talleres de tabaquería cubanos. La emigración neoyorquina contaba también bastantes artesanos de otras corporaciones y bastantes individuos de las clases medias (médicos, abogados, comerciantes, impresores, artistas, maestros). Estaba además más esparcida por la urbe metropolitana.

Fuera de los EE.UU. existían núcleos de volumen variable. Por el Caribe los núcleos eran más bien ya emigraciones con peso y alma en Santo Domingo, Montecristi y Puerto Plata –en la República Dominicana– desde la Guerra de Diez Años cuando fueron acogidos con simpatía por los gobiernos del partido «azul» (Luperón, Billini, Meriño). Fomentaron el cultivo de la caña de azúcar dando vida a una incipiente industria azucarera que inició la industrialización de la república. Los emigrados cubanos habían hallado refugio también en las posesiones británicas, en especial en Jamaica, que fue, después de EE.UU. y la República Dominicana el tercer centro cubano en el exterior: los más eran emigrados negros, y había también muchos tabaqueros entre ellos. Las demás colonias cubanas de la cuenca caribeña radicaban en Haití, en Costa Rica, en Honduras, en Guatemala, en Mérida, Veracruz y México, en Colombia (cuando la excavación del canal de Panamá), en Venezuela. Hasta en Buenos Aires y Santiago de Chile, las había, aunque con pocos miembros.

Fuera de América, los grupos eran pequeños, en Madrid, en torno al General Calixto García, en Londres, en París en torno al patriota puertorriqueño Betances. En ellos, a pesar de las figuras del independentismo intransigente que mencionamos, imperaba el reformismo, siendo los más de los cubanos de las capitales europeas una gente criolla de alto rango social y gran cultura, pero no siempre una gente emigrada.

Como se apreciará, la emigración cubana constituía una verdadera diáspora. Con razón José Martí habló repetidas veces de «las emigraciones». Las componían individuos (familias por lo común) de las procedencias más diversas (geográficas, sociales, étnicas), expatriadas por razones distintas y en períodos distintos, aunque el grueso de la emigración había salido posteriormente al 68 y en relación estrecha con lo que el 68 significaba. Los jefes potenciales de la guerra independentista –los veteranos con capacidad y carisma– estaban igualmente separados: Gómez en la

República Dominicana, Maceo en Costa Rica, Roloff en Nueva York, García en Madrid, y algunos en el país, como Sanguily en La Habana o Moncada en Santiago.

En total, —contentándonos con estimaciones personales ya que faltan censos y datos fidedignos—, se puede calcular en unos 40 a 50.000 los cubanos radicados fuera de la Isla cuando se da el grito de Baire (24 de febrero de 1895). La mitad de ellos está en la Florida, unos 10.000 en Cayo Hueso, otros 10.000 en Tampa, que eran ciudades de como 20.000 vecinos. Para que tengan una idea del margen de error que hay en estas aproximaciones, sepan que un autor habla de ¡8.000 cubanos en la Florida en 1895 cuando otro los evalúa en 40.000! En una población total que giraba alrededor de 1.600.000 habitantes (incluidos los peninsulares e isleños afectos a España), la proporción de expatriados por motivos políticos o económicos apenas alcanzaba el 3%, pero como vamos a ver a continuación, su papel político era sin relación alguna con esa cifra.

4. LAS EMIGRACIONES Y LA PATRIA (1868-1891)

Desde el inicio de la Guerra Grande (1868-1878) la conducta patriótica de la emigración quedó evidenciada, su papel se hizo imprescindible para proseguir la guerra que había surgido dentro del país sin ella. En Nueva York la Junta Central se convirtió en el centro informativo, organizador, unificador, auxiliador de la República de Cuba Libre, cuya Constitución fue adoptada en Guáimaro el 10 de abril de 1869 y cuyo primer gobierno designado por la Asamblea entró a ejercer su autoridad en seguida. A la Junta de Nueva York se le encargó cumplir las tareas imposibles de llenar en la Isla alzada.

Esa Junta —«filibustera», volvieron a llamarla los integristas españoles— proporcionó al inicio una ayuda inmensa a los combatientes de Cuba Libre. Lanzó el periódico *La Revolución*, y luego otros: *La Independencia*, *La Verdad*, etc. Recaudó fondos. Compró barcos, armas, pertrechos y medicamentos. Organizó expediciones poderosas, que salvo excepciones dramáticas (caso del barco «*Virginius*» en 1873), no fueron apresadas. Infiltró sistemáticamente agentes, combatientes, material bélico, proclamas. Aseguró la coordinación de los diversos centros de emigrados, nombrando agentes locales. Representó fuera la revolución en armas, desempeñando una intensa labor diplomática para conseguir, sea el reconocimiento oficial de las potencias, sea la calidad de beligerantes para los mambises.

La Junta Central de Nueva York se constituyó por cooptación. La presidió primero José Morales Lemus y luego Miguel Aldama, rico

sacarócrata, pudiente financiero. Le asistían hombres que como éste habían sido reformistas antes del 68, y que como éste pertenecían a las clases superiores de la sociedad criolla. Pero lograron arrastrar a la masa emigrada, inclusive la muy rebelde y pobre de Cayo Hueso organizada en clubes revolucionarios al estilo jacobino.

No obstante lo dicho arriba acerca de la ayuda prestada al Ejército Libertador y al Gobierno republicano, la Junta no tardó en dividirse, en perder prestigio, y en entrar en conflicto con los combatientes de la Isla. Las divisiones internas repercutieron en los diferentes centros. Obedecían a causas múltiples que la prolongación de la guerra agudizó. Pero en el fondo nacieron de concepciones diferentes de los métodos y fines de la lucha: unas concepciones engendradas y nutridas por intereses socio-económicos diferentes. En torno al General Manuel de Quesada, los «Quesadistas» impugnaban a los «Aldamistas» –secuaces de Miguel Aldama– por su tibieza revolucionaria y su impericia, añadían. Estos tildaban a los primeros de excitados y díscolos. En consecuencia, las divisiones, las excomuniones, las rencillas acarrearón el desaliento de los laborantes, la escasez de los donativos, la indecisión en la acción, etc., e hicieron que a la larga disminuyó la ayuda a los combatientes y cesaron las expediciones proveedoras. El general Antonio Maceo, lleno de amargura, observó al final de la guerra de los Diez Años que ¡no había recibido ningún auxilio de la emigración entre 1873 y 1878!

A las causas socio-políticas que frenaron el impulso de la emigración patriótica de 1868 a 1878, debe añadirse el hecho de que la de Nueva York monopolizó la dirección, imponiendo sus criterios y sus prácticas a los demás centros. Durante la Guerra Chiquita, disuelta la Junta, el Comité Central Revolucionario de Nueva York se mostró más decidido a sostener el esfuerzo de guerra cuanto más que su presidente (el General Calixto García) saltó a la manigua cubana a encabezar la guerra, pero dicho Comité concentró todos los poderes sin clase de debate. Durante los años 1883-86 en que de nuevo se intentó llevar la guerra a Cuba, desde la emigración, bajo el mando del General Bonachea, primero, y luego de los Generales Gómez y Maceo, aguerridos e inflexibles, los emigrados se comprometieron en secundarles a pesar de métodos autoritarios de mando. Si salió mal la expedición de Bonachea (1883), y también la de Sánchez (1885), y si abortó el plan urdido por los ilustres caudillos (1886), la causa no se puede atribuir a la emigración. Hay que buscarla en primer lugar en Cuba donde la hora era todavía al reposo y a la recuperación; y en segundo lugar, en la relación de subordinación en la que los jefes emigrados relegaban tanto a la masa emigrada como a los patriotas del interior.

5. LA ESTRATEGIA MARTIANA

Paulatinamente a partir de 1887; francamente en 1890; y a fines de 1891 y principios de 1892, abierta y resueltamente, la idea de la independencia absoluta conseguida por la guerra, de nuevo ineludible, penetra en las mentes y se adelanta en los actos.

La encarna entonces José Martí, de padre valenciano y madre canaria, pero apasionado patriota cubano, por lo cual sufrió cárcel, presidio y destierro. Desde 1871, estuvo «laborando» en la península, en México, Guatemala, Venezuela y sobre todo Nueva York donde residió a partir de 1880. El tema de la conferencia nos lleva a evocar al líder genial de la emigración donde preparó la guerra del 1895, llamada a veces «Guerra de Martí», pero Martí fue poeta genial también, periodista y prosista sin par, genuino pensador americano, el último de los libertadores latinoamericanos del siglo XIX y el más vigente de todos en vísperas del siglo XXI.

En lo que atañe a la situación cubana, de la que estaba muy enterado, Martí supo en pocos años convertir la aspiración confusa a la independencia en objetivo inmediato de lucha. Supo superar las deficiencias del pasado, darle solución satisfactoria a las contradicciones (de clases, de razas, de generaciones, etc.) de la sociedad cubana, unir las emigraciones, asociar en confianza la emigración y el país, fomentar la cohesión nacional sin nacionalismo excluyente, crear las condiciones para que la república democrática —que era el objetivo final— vaya envuelta en la guerra republicana «de liberación nacional» (diríamos hoy día).

Su estrategia nacional consiste en lograr lo que les faltó a los cubanos en las guerras anteriores: una sólida unión patriótica y democrática. De su estudio profundo de las guerras de la emancipación hispanoamericana y de las guerras cubanas fracasadas del 68 al 80, Martí sacó algunas conclusiones que puso en práctica a partir de 1887 cuando en el seno de la emigración neoyorquina va tomando iniciativas y adquiriendo autoridad.

Dos conclusiones son comunes a todas las experiencias del pasado:

- 1.º Una revolución de independencia debe tener un plan fijo, atenerse a él, indicarlo con anticipación, decir claramente a cuantos se alisten en ella a dónde y cómo se va, detrás de quién y para qué. Para ello es necesaria una organización revolucionaria que lo prepare y lo explique todo, armonizando los criterios y definiendo una línea de conducta común.
- 2.º Tal revolución sólo debe emprenderse en nombre de la nación sometida, sin exclusión de nadie, «con todos y para el bien de todos» (Martí dixit), de ninguna manera para que triunfe, con el

sacrificio de todos, un hombre, una camarilla, una oligarquía, una clase, una raza. No se debe dar una guerra popular para coronar a un nuevo déspota, a un militar glorioso, ni para entregar el poder a una casta de hacendados o de letrados, o a un grupo de vendepatrias.

Otras dos conclusiones dedujo Martí de la larga experiencia cubana y antillana:

- 1.º La meta final de la guerra sólo puede ser la independencia absoluta: la que no admite desviaciones (autonomía falaz, protectorado formal o dependencia solapada), la que, concretamente, en el caso cubano, es incompatible con la anexión a los EE.UU., presente desde 1823 y periódicamente recordada. Desde los EE.UU., hábil pero firmemente, Martí planteó que «Cuba debe ser libre de España –y de los Estados Unidos».
- 2.º La revolución no se importa desde el extranjero. A la emigración no le toca forzar sino ayudar, *auxiliar* (verbo clave) el movimiento que madurará y estallará dentro del país. Por eso la emigración patriótica debe estar lista para ese día. Debe contribuir a que los hermanos de dentro –que no pueden moverse a sus anchas– reciban todo el apoyo que necesiten en el momento oportuno, de modo también que la guerra sea breve.

Todo ello el Partido Revolucionario Cubano (PRC) lo condensa en sí y lo lleva a la práctica en la emigración bajo la autoridad excepcional de su «Delegado» electo José Martí, de 1892 cuando se crea el partido a 1895 cuando comienza la guerra y a poco, en mayo, cae Martí en combate, ni siquiera a los dos meses del desembarque.

6. EL PRC: UN LABORATORIO DE LA DEMOCRACIA INCIPIENTE

El PRC no es el partido al servicio de un caudillo, de un grupo cualquiera, de una clase social determinada; es el partido de la nación en su globalidad y potencialidad (aunque no esté acabada), en la que caben todos los habitantes del país que así lo deseen. Es indudable que tal concepción no salió sola del cerebro de Martí. En la emigración, en especial en los talleres y en los pueblos de la Florida, habían ya empezado a colaborar a una los blancos y los negros, los fabricantes y los tabaqueros, los veteranos y los jóvenes, los abogados y los analfabetos (que no eran muchos en esa emigración), los hombres y las mujeres. Allí la doctrina de Martí halló terreno propicio, se precisó y prosperó.

Entre las tareas impuestas por la necesidad de la unión patriótica y democrática, la más urgente era unir las emigraciones dispersas y recelosas, unirlas sin predominio de centro alguno, ni el tradicional de Nueva York ni el pujante de Cayo Hueso. La estructura del PRC permite ese milagro. La existencia de clubes revolucionarios autónomos –en la base de la pirámide–; la existencia de Cuerpos de Consejo intermedios que agrupan a los presidentes de clubes (sin excepción); la elección anual, a boleto secreto, en los clubes, del Delegado y del Tesorero del partido, aseguran ese equilibrio y lo asientan en una base democrática. Importa señalar la novedad de semejante estructura democrática –respetada en los hechos– en relación con los hábitos caciquiles de los partidos políticos de la época, tanto en España como en Cuba, tanto en EE.UU. como en Hispanoamérica.

La votación fue en efecto una realidad anual ¡no hubo ni una queja por fraude! Cada club que contara con 20 miembros activos intervenía en la vida del PRC como las mismas prerrogativas que otro club, bien funcione en Tampa o en Nueva York, bien lo integren tabaqueros o profesionales. En cada club, cada miembro contaba por uno, independientemente de su haber, su ocupación, su nivel de instrucción, su color de piel, su sexo; y todos opinaban y votaban.

No hace falta insistir en ello para que se entienda cómo, de 1892 a 1898 (año de la disolución del PRC), en la emigración patriótica cubana se experimentó un ejemplo de práctica política democrática, sin comparación en su tiempo. Peleaba y votaba como cualquier individuo de la élite criolla, el obrero, el negro, la mujer.

Pero vale la pena insistir en este último detalle. Desde la fase de constitución del PRC, entre los clubes que surgieron, llamaron la atención unos cuantos clubes femeninos. Su número fue creciendo, hasta alcanzar al concluir la guerra la cuarta parte de la membresía total. Centenares de mujeres y señoritas cubanas adquirieron allí una experiencia, disfrutaron allí de derechos, que la república instaurada en 1902 tardaría decenios en reconocérselos.

No hay exageración en hablar así de centenares de mujeres incorporadas plenamente a la vida política y a la práctica democrática: el PRC acabó por contar unos 200 clubes en la emigración (ninguno dentro, oficialmente, por razones de seguridad), con un promedio de 25 afiliados, que son como 5.000 en total. Con los que del PRC se pasaron a la manigua, y con los que pertenecían a clubes afines al PRC, casi 10.000 Cubanos emigrados tuvieron esa excepcional, aunque breve, experiencia de la

discusión, la deliberación y la acción colectiva, que, de una manera u otra, los que volvieron importaron en el país a su regreso.

Democrático en la manera cómo se fue creando (sin esquema ni programa preestablecidos), democrático en su estructura, democrático en su funcionamiento, el PRC era también democrático por su composición y el apoyo popular que recibió. Los obreros de la Florida –los tabaqueros– lo hicieron suyo desde el inicio. Durante varios años, hasta que la crisis económica los afectara, los clubes obreros representaron el grueso del Partido, el cual hizo suyo la petición obrera a favor de una sociedad más justa. Aportaron a los fondos del partido unas cotizaciones modestas pero constantes, que llegaron a significar el 10% de su salario.

Ahora si toda la emigración trabajaba por la república «moral» y «trabajadora», si los obreros se reconocieron en el PRC, el PRC no fue un partido obrero ni obrerista. Pero como partido de unión nacional, recogió el sentir de los obreros cubanos y los sentó en las directivas sin exclusión al lado de las otras categorías, como refiguración del porvenir.

Dicho todo esto, no vamos a idealizar el cuadro. Presentes los obreros en el PRC, los fabricantes de tabacos desempeñaron sin embargo un mayor papel dirigente que ellos. Amplio el apoyo de que gozó el partido de Martí entre los emigrados, los hubo que lo criticaron (como Trujillo y *El Porvenir*), entre los emigrados, tachándole de dictatorial. Numerosos los órganos de prensa que lo apoyaron (*Patria* en Nueva York, *El Yara* en Cayo Hueso, *Cuba* en Tampa, y otros), sin que ninguno fuera su órgano oficial, el PRC actuó de modo muy centralizado, sin monolitismo pero sin oposición.

7. LA EMIGRACIÓN DURANTE LA GUERRA DEL 95

Definida como «ala del ejército», la emigración patriótica cumplió debidamente esa misión de 1895 a 1898. Llevó a Cuba ideas, hombres y armas, lo que, respecto a los años 1868-1880, representa un cambio notable.

Empecemos por las últimas. Las armas fueron, desde el principio, lo que más necesitaban los mambises; la revolución nunca careció de soldados. Fueron introducidas clandestinamente antes del 24 de febrero, y luego por las múltiples expediciones que, desde las costas norteamericanas, burlando las vigilancias norteamericana y española, arribaron felizmente a las costas cubanas. Fungió exitosamente de jefe del Departamento de Expediciones el general Emilio Núñez, un veterano de las precedentes guerras.

Siempre hubo, en los centros de entrenamiento en los EE.UU., más voluntarios listos que expedicionarios seleccionados. Los cuadros militares fueron embarcados sin dilación: ellos, sí, hacían falta por sus competencias y por la lección que proporcionaban al mostrar la disposición al sacrificio de quienes, desde fuera, habían llamado a la guerra. Una vez fijada, por común acuerdo entre los revolucionarios del interior y los del exterior, la fecha del levantamiento, y una vez realizado éste el 24 de febrero de 1895, mientras la masa de la emigración manifestaba su entusiasmo y entregaba fuertes cantidades, la dirigencia máxima de la revolución, simbolizada en las personas del Delegado electo José Martí y del General en Jefe, también electo, Máximo Gómez, lanzaba a Cuba y al mundo desde Montecristi (República Dominicana) el manifiesto que explicaba las causas y los objetivos de la guerra, y en seguida organizaba su propio desembarque en Oriente. A Martí y a Gómez, siguieron Antonio y José Maceo, Flor Crombet, Carlos Roloff, Serafín Sánchez, Mayía Rodríguez, Calixto García, etc. Reanudaron el combate, con el grado que tenían, casi todos los supervivientes capitulados o vencidos en el 78 o en el 80, pero esta vez casi todos lo hicieron incorporándose desde fuera, conforme a las reglas y la línea definidas fuera en los tres años preparatorios de la insurrección.

En cuanto a las ideas sobre la marcha de la guerra y el futuro de la república, ideas que se habían fraguado con cierta libertad y autonomía en la emigración, en torno al PRC, y que son las ideas que Martí, Quesada, Figueroa y otros redactores solían desarrollar en *Patria*, Poyo en *El Yara* y Rivero en *Cuba*, aquellas ideas marcaron realmente la guerra en su principio. Veamos algunas de ellas:

- 1.º La guerra de independencia tiene un fin anticolonial: se hace contra el gobierno colonialista de España, no contra los españoles. Estos, si trabajan honradamente en Cuba y si ayudan a los cubanos o adoptan una actitud neutral, serán respetados y tendrán derecho a seguir viviendo en Cuba. Nada de guerra a muerte a los españoles, por españoles, nada de desespañolización en el futuro.
- 2.º La guerra se hace también para impedir la posible anexión a los EE.UU., la probable intervención norteamericana, y por lo tanto un conflicto internacional en la zona. No se han de contraer deudas con esa potencia sino tener con ella buenas relaciones con tal que no sean de dependencia.
- 3.º La república a la que se aspira será original, autóctona, nacida de las experiencias y necesidades del país, sin imitar a ninguna, sin copiar ningún sistema constitucional, porque no hay modelo que

- valga, ni siquiera el norteamericano. Aquella república nueva ya se ha ensayado en los pueblos cubanizados de la emigración floridana.
- 4.º Aquella república será laica, parlamentaria, y sobre todo social, dándole al negro y al trabajador el lugar que merecen por su labor económica y política de fundadores de la patria y por haber sido los más sacrificados.
 - 5.º Aquella república democrática será la de la libertad y la dignidad. En ella imperará la subordinación del poder militar al poder civil, como ya ha empezado a verificarse: en 1892 Máximo Gómez fue electo General en Jefe del futuro Ejército Libertador por los demás jefes militares en una votación hecha bajo control del PRC.

8. CONSIDERACIONES PARA UN BALANCE

La emigración patriótica que había terminado siendo una rémora en la guerra de los Diez Años por sus luchas intestinas, fue en la guerra del 95 el motor que impulsó la guerra, enseñándole la unión y trazándole la perspectiva.

Trajo hombres, barcos, armas, medicinas en cantidades suficientes; trajo ideas y prácticas políticas que hicieron entrever la posibilidad de crear una auténtica república democrática; desempeñó una honrosa labor diplomática, en Nueva York, en París y en otras capitales, y si bien no logró un apoyo tan fuerte como en 1868-1878 en Latinoamérica, supo promover grandes movimientos de simpatía en favor de la causa cubana, como en EE.UU. o en Colombia, en Roma o en París donde actuaron comités de solidaridad; y difundió varios periódicos, a veces bilingües, que llegaron a veces hasta la manigua.

Nótese que al mandar gruesas cantidades de dinero desde sus respectivos centros a la Delegación central y al encargarse de recaudar parte del impuesto revolucionario, la emigración patriótica permitió que no se tomaran demasiadas medidas drásticas en la Isla, aunque está claro que los hacendados criollos se decidieron a financiar la Revolución sólo cuando la vieron efectiva y amenazante, dispuesta a llevar la tea incendiaria a los ingenios y cañaverales.

Pero ya a mediados de 1895 empieza a frustrarse la revolución tan deseada entre los emigrados. La muerte de Martí deja, en Cuba, todo el mando, hasta ahora compartido, a los militares; y en Nueva York le sustituye por elección en la dirección del PRC Tomás Estrada Palma, un maestro íntegro que había presidido la república de Cuba Libre. Que los militares tengan mayor libertad y peso en la guerra no fue lo más grave,

porque llevaban en sí mucho del ideario martiano. Los delegados de los cuerpos militares adoptaron en Jimaguayú en octubre de 1895 una Constitución y una forma de gobierno bastante conformes con las ideas de Martí. La designación de Estrada Palma, como Delegado del PRC, marca el inicio de la conquista del poder civil por las clases medias, cada vez más sensibles a las presiones de la gente rica y a los cantos de las sirenas anexionistas, siempre presentes en las horas difíciles.

El gobierno de la república de Cuba nombró a Estrada Palma, Agente plenipotenciario en el exterior; los militantes del PRC, para que no hubiera dos cabezas al frente de la emigración y para que no surgiera una eventual división entre ésta y el gobierno, optaron a partir de las elecciones de 1896 por tenerlo por Delegado mientras duren las hostilidades. Acabóse así el sistema de la libre elección anual y redujose la libertad de pensamiento y acción de la emigración, orgánicamente vinculado el partido al gobierno en la persona de su Delegado.

Como debía escribirlo, hace unos veinte años, el recién fallecido historiador cubano Ramón de Armas, la revolución se encontró «pospuesta». De ello se dieron cuenta los amigos más adictos de Martí y en particular los tabaqueros de ideas avanzadas, totalmente identificados con el ideal de justicia social de la república martiana. Protestaron contra la discriminación social que se establecía entre los expedicionarios en los días de espera del barco que los llevaría. Y cuando en 1896-1897, la dirección de *Patria* pasó a manos de los ex-autonomistas Enrique José Varona y Eduardo Yero Buduén, y cuando se constituyó una sociedad de estudios jurídicos y económicos con vistas a prescindir del PRC, el mulato cubano Rafael Serra, apoyado por Sotero Figueroa, mulato puertorriqueño, lanzó en Nueva York *La Doctrina de Martí* para recordar los planteamientos del Apóstol y los compromisos. Después de 1898, la frustración y la decepción fueron aún mayores.

Algunos planteamientos y compromisos fueron respetados, por cierto. La guerra no se dio indiscriminadamente contra los españoles residentes. Los «hispanocubanos» formaron el primer contingente entre los no cubanos del Ejército Libertador y después de la guerra, en contra de la tendencia habitual en semejantes casos y desenlaces, los españoles peninsulares e isleños siguieron emigrando en masa a Cuba. Cubanos y puertorriqueños obraron juntos. La república laica fue instaurada, regida por algunos años por ex-laborantes de la sociedad civil.

Pero muchos planteamientos y compromisos fueron pospuestos cuando no olvidados. El respeto al negro, la consideración para con el obrero, el derecho a votar de la población femenina, no los hizo suyos la república de

1902. Tampoco defendió la independencia económica, ni la independencia absoluta, ni la liberación de Puerto Rico, ni la unidad antillana y latinoamericana. Dada la correlación de fuerzas otra lógica neocolonial prevaleció.

La razón es doble. Desde dentro, en la emigración como en la administración de la república cubana en armas, las corrientes conservadoras habían ganado progresivamente posiciones de poder, reforzadas por la adhesión tardía e interesada de varias figuras del autonomismo. La otra razón, harto conocida, es de otra naturaleza. No incumbió a tales o cuales cubanos, sino a la voluntad norteamericana de ocupar Cuba, Puerto Rico y Filipinas, so pretexto de socorrer a los insurrectos y de desalojar la potencia española rival. En realidad la ocupación de Cuba por más de tres años (1898-1902) duró hasta que el pueblo en armas las hubiera depositado, y hasta que la Isla se dotara de instituciones que permitiesen la dominación legal de la potencia imperialista triunfante en las aguas de Santiago de Cuba (Enmienda Platt, Tratado comercial, cesión de bases navales y carboníferas como la de Guantánamo a la que todavía conservan los EE.UU. ...).

En esas condiciones el gobierno que tomó las riendas de la república «nominal» (Martí dixit), con la licencia del nuevo amo, no podía satisfacer las promesas que el PRC y Martí habían hecho al pueblo, no podía transformar en realidades los sueños de la emigración popular, y sin embargo de las mismas filas de la emigración –pero de la emigración que irrumpe tras la desaparición de Martí– surgen los cuadros iniciales de esa república, mientras que en la emigración muchos se quedan entre los patriotas de ayer ahora olvidados, sin dinero o sin ganas para embarcarse.

9. BIBLIOGRAFÍA

«El papel de la emigración patriótica en las guerras de independencia de Cuba»

Advertencia. Salvo la tesis doctoral de Poyo (inérita) y el libro de Casasús, lleno de datos pero bastante confuso y muy laudativo, no existe ningún análisis global de la cuestión. Ni de la historia, importancia, ubicación y naturaleza de esa emigración en el siglo xx. Ni en especial del papel de las emigraciones patrióticas en las guerras de independencia de Cuba. 1848-1898.

Però puede consultarse, para mayor información u otra lectura histórica, las siguientes obras necesarias al entendimiento de la problemática (aunque de difícil acceso a veces, hay que reconocerlo):

Libros de historia de Cuba (siglo xix)

THOMAS, Hugh: *Cuba, la lucha por la libertad*. Barcelona, Grijalbo, 1973, tomo I, págs. 1762-1909.

INSTITUTO DE HISTORIA DE CUBA: *Historia de Cuba*. La Habana, Editora Política, 1994-1996. Tomo I (hasta 1867), tomo II (1868-98).

NAVARRO GARCÍA, Luis: *La independencia de Cuba*. Madrid, MAPFRE, 1992.

LOYOLA VEGA, Óscar (coordinador): *Cuba: La revolución de 1895 y el fin del imperio colonial español*. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1995.

Memorias de emigrados

TRUJILLO, Enrique: *Apuntes históricos (propaganda y movimiento revolucionario cubano en los Estados Unidos desde enero de 1880 hasta febrero de 1895)*. New York, El Porvenir, 1896.

DEULOFEU, Manuel: *Martí Cayo Hueso y Tampa*. Cienfuegos, Cuevas y Hno., 1905.

CASTELLANOS GARCÍA, Gerardo: *Motivos de Cayo Hueso*. La Habana, Ucar, García y Cía., 1935.

GÁLVEZ, Wenceslao: *Tampa. Impresiones de un emigrado*. Ibor City, «Cuba», 1898.

Estudios sobre la emigración cubana

CASASUS, Juan J. E.: *La emigración cubana y la independencia de la Patria*. La Habana, Lex, 1953.

POYO, Gerald E.: *Cuban emigré communities in the United States and the independence of their homeland, 1852-1895*. University of Florida, 1983.

– «José Martí, artifice de la unidad social. Tensiones de clases dentro de las emigraciones cubanas en los Estados Unidos, 1887-1895». En *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, núm. 7, 1984.

RONNING, C. Neale: *José Martí and the Emigré Colony in Key West. Leadership and State Formation*. New York, Praeger, 1990.

RIBERO MUNIZ, José: «Los cubanos en Tampa». En *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, núm. LXXV, 1958.

ESTRADE, Paul: «El Convencional núm. 2: José Martí». En *Anuario del Centro de estudios Martianos*, La Habana, núm. 14, 1991.

– *La colonia cubana de París (1895-1898)*. La Habana, Ciencias Sociales, 1984.

– *José Martí ou des Fondements de la démocratie en Amérique Latine*. París, Ed. Caribéennes, 1987. En particular los capítulos V y VI.

Aspectos particulares

SERRANO, Carlos: *Anarchisme et indépendance nationale à Cuba*. Saint-Denis, Equipe d'Histoire des Antilles Hispaniques, 1986.

CABRERA, Olga: «Enrique Creci: un patriota obrero». En *Santiago* (Santiago de Cuba), diciembre de 1979.

ESTRADE, Paul: *Les clubs féminins dans le Parti Révolutionnaire Cubain (1892-1898)*. Saint-Denis, Equipe d'Histoire des Antilles Hispaniques, 1986.